



Ansia

HENAR ÁLVAREZ

Henar Álvarez

Ansia

En realidad, no tengo un problema con el alcohol. Es la ansiedad lo que me mata. Lo que me hace tomar decisiones violentas y poco meditadas y postergar otras. Ya no tengo ataques de ansiedad. Simplemente convive conmigo. Me golpea el pecho y me acelera la respiración ante situaciones tan absurdas como que Audrey, mi gata, se haya quedado sin agua. O que vaya a terminar un libro que me ha encantado y dude de si encontraré pronto otro que me genere el mismo impacto. O que me haya salido un trabajo por el que llevo tiempo peleando y, llegado el momento, el miedo me convenza de que no estaré a la altura. Sentarme con amigas a tomar algo es una decisión que debo meditar con cuidado. Sé que cuando lo haga ya no seré capaz de levantarme hasta que no vaya del revés. Pero no tengo un problema con el alcohol, insisto. Simplemente, me agarro a cualquier cosa que me genere un placer inmediato. Hace más de diez años que solo soy fumadora social, pero si pillo un *piti* en plena crisis de ansiedad, puedo jalarme media cajetilla en una hora. Lo mismo cuando me masturbo, tengo el Satisfyer que se va a afiliar a Comisiones Obreras. Qué barbaridad, la

cantidad de veces que puedo llegar a tocarme cuando necesito desconectar de mi vida. Cuando voy por el quinto o sexto asalto y mi clítoris me pide a gritos que lo deje, que no puede más, insisto por cabezonería. Ataco con vídeos de porno alemán, *gangbangs* salvajes en los que la chica está atada y un pelotón de gordos enmascarados hacen cola para taladrarle los agujeros. Nada. No siento nada ya, pero abandonar lo percibo como una derrota que me inunda los ojos de lágrimas. Si no puedo controlar mi propio cuerpo, ¿cómo voy a gestionar el campo de batalla que es la vida?

He llegado a este punto por egoísmo, por mi incapacidad absoluta para tomar decisiones firmes. Ahora me hace gracia recordar las vidas caóticas de escritores a los que admiré. Tipos infames que presumían en sus obras de ser unos *cowboys* sin destino, Jack Kerouac o Henry Miller, por nombrar un par de ejemplos. Me convencieron de que era realmente guay acabar con los dedos amarillos de tanto fumar, recorrer kilómetros con desconocidos que me resultaran atractivos y tuvieran buena conversación, terminar el día importunando a algún camarero que no quisiera servirme más *whiskies*, tener varios amantes y llegar a casa cuando la descendencia está bañada, meada, cagada y dormida. Claro que en aquel momento no era consciente de que ese relato no estaba escrito para mí. Yo podía ocupar el lugar de la esposa paciente que mira para otro lado, el de la camarera tetona y jugona o el de la enfermera *sexy* que amenizaba la vejez masculina. Por la razón que fuera, no me di por aludida. Y, como quería ser la prota-

gonista de aquellas historias, empecé a desarrollar mis propios relatos. Escribir era mi venganza contra un mundo que clamaba que mi destino de cuna era ser un personaje secundario.

Ahora estos tipos solo me parecen una panda de gilipollas que tenían que hacerse los chulos en sus libros a ver si así conseguían engañar a alguien para echar un polvo. ¿Le habéis visto la cara a Houellebecq? Dios santo, la pinta que tiene de querer follarse a su hermana es realmente preocupante. Bibliografías enteras escritas con el propósito de encandilar a una señora que viera un reto en domar al chico malo de las letras.

Toda esta chapa para explicar que estoy muy mal porque mi amante me ha dejado. Porque se ha cansado de esperar a que deje a mi marido. Porque, después de tres años, tiene claro que no lo voy a hacer y necesita a alguien con quien poder ir al cine de la mano y besarse por la calle. Estoy mal y, para colmo, no puedo compartirlo. No puedo contárselo a una amiga. No puedo explicarle que me era más fácil mirar para otro lado que romper una pareja muerta para no dañar a nuestro hijo. No puedo decirle tampoco que habíamos dejado por completo de follar y que yo necesitaba que alguien me empapara sin tocarme. No puedo decirle a nadie que le echo de menos y que siento que he perdido una oportunidad de ser feliz. Mi marido está a mi lado, en la cocina. Tengo que ponerme a cortar una cebolla para que parezca que lloro por razones ajenas a mi inestabilidad emocional. Tengo, además, la poca vergüenza de echarle la culpa a la generación

beat. Uno elige a sus referentes igual que escoge a sus amigos o sus enemigos. Si reparé en toda esa panda de cucarachas a lo mejor fue porque siempre he sido una de ellas.

* * *

No tenía buena cara y el maquillaje no funcionaba. Llorar por la noche es una putada mayúscula, te pasas el día siguiente con la cara como un globo. Aun así, traté de estar lo más atractiva posible. No quería que nadie pensara que estaba sufriendo. Lo que siempre había atraído a la gente de mí eran mis maneras de mujer segura de sí misma, con la autoestima trabajada, la cuenta bancaria en números verdes y una carrera laboral prometedora. También ha habido a quien todo esto le ha abrumado, pero esa gente no me interesa. La verdad era que había sido fácil conquistar a un veinteañero con ganas de ser sorprendido. Solo tenía que ser la amazona que le cabalgaba durante horas, la informada que no titubeaba ante sus dudas sobre actualidad o política, la culta que siempre podía recomendarle un libro que explicase a través de la ficción aquello que le atormentaba. Yo seguía recitándole títulos aun sabiendo que no había un ejemplar desde *Teo en la granja*. Quería fascinarle y lo conseguía. Tampoco es que fuera muy difícil. Flipaba solo con que usara algún verbo que le fuera desconocido o le contara alguna historieta de algún ilustre español megaconocido, tipo Emilia Pardo Bazán o Dalí. Si estaba agobiado, le invitaba a comer en un sitio de moda y se sentía agasajado e importante. Dejé

de hacer esto porque me avergonzaban los aspavientos que hacía al entrar en un restaurante. Le llamaba la atención que un local estuviera diseñado con gusto, que los camareros vistieran un uniforme distinguido y que nos aparcaran el coche. Reía de una forma molesta y nerviosa y me preguntaba cuánto me iba a costar aquello. Le pedía por favor que se callara, pero a la hora de pagar aireaba mi tarjeta de crédito. Le hablaba de cualquier chorrada y gesticulaba de más mientras la tenía en la mano. No me quería por mi dinero, porque no lo tengo, pero mis maneras le generaban seguridad y le hacían sentir que se follaba a una tipa espectacular. No se trata de que fuera una cabrona con él, simplemente le daba lo que quería. Me comportaba como la mujer que él deseaba tener a su lado. Desde luego suena a payasa de proporciones monumentales, pero era la payasa que se la ponía como una barra de acero.

En honor a la verdad, quizá no fui justa manejando la influencia que ejercía sobre él. Le dejé unas catorce veces en los tres años que estuvimos juntos y esto es lo único que podría echarme en cara. No es que quisiese acabar con la relación, era la forma que tenía de pasar tranquilas las vacaciones. Recibir sus mensajes mientras estaba en Levante comiendo una paella con mi marido y mi hijo me resultaba molesto. Sus *te quiero* digitales perturbaban mis vacaciones y me hacían tener que esconder el móvil, inventar excusas y memorizarlas para no tropezar luego con ellas. Me resultaba más sencillo no hablar durante un par de meses y después llamarle en septiembre diciendo que le echaba

de menos. En unas semanas me tenía de rodillas en su cuarto, pidiéndole disculpas, llamándole «mi chico» mientras dirigía su cabeza a mis pezones u ofreciéndole mis agujeros a cuatro patas y preguntándome en voz alta cómo había podido estar sin él cuando el calor más apretaba.

Claro que en ese septiembre todo había sido diferente. «Tienes que entender que han sido dos meses sin hablar y he tenido que rehacer mi vida.»

«¿Qué voy a entender, pedazo de mamarracho? ¿Cómo voy a entender que no quieras estar conmigo? ¿Sabéis esta gente a la que, cuando los dejan, dicen que ante todo quieren que la otra persona sea feliz? Tú lo que eres es un pedazo de gilipollas conformista. Las derivas *misterwonderfulescas* hablan de la conducta humana como si fuéramos seres programados, comprensivos, como si la pasión no fuera una fuerza que nos invade y toma el control. Obvia por completo que somos animales y niega la violencia y los sentimientos egoístas propios de nuestra especie. Hay quien incluso asegura que los niños siempre dicen la verdad. No has tenido cerca a un niño en tu puta vida, Julio. Los infantes son mentirosos, egoístas y farfulleros. Le sacarían un ojo a su mejor amigo si se atreviera a poner una mano encima de su nuevo Bob Esponja. Llegamos a este mundo siendo unos seres despreciables y nos educamos para vivir en sociedad. Si amas a alguien, quieres que esa persona sea feliz, sí, pero contigo. ¡Qué cojones voy a querer que la vida le sonría junto a otra! O conmigo o con covid. Pero ingresado con neumonía bipulmonar y entubado hasta la tráquea. Que

sienta que la muerte le susurra al oído “calienta, que sales”. Que el rumor de mi nombre le golpee el cerebro mientras está inconsciente.»

Moví con ímpetu mi mano dentro de las bragas. Solo tres tíos haciendo *creampies* en el culo de una rubia con las tetas como dos bolsas de Ikea me ayudaban a olvidar que había decidido rehacer su vida. Que sí, que quería verme, pero no como antes. Que no me negaba que estaba conociendo a una chica y que quería seguir haciéndolo. Miré el vídeo con las mandíbulas tan apretadas que me dolía la cabeza. Alterné el porno con la lectura, por vigesimocuarta vez, de sus mensajes. Ahora mismo sentía un apetito voraz. Lamería el sudor de sus sobacos, limpiaría sus legañas, tragaría su orina, sus heces, los restos de comida atrapados entre sus dientes, el pus de sus heridas y cualquier líquido que fluyera de su cuerpo. Quería arrodillarme y sonreír para que descargara en mi cara y tragarme también su semen. Quería correrme clavándole los incisivos en el pecho. Quería que este orgasmo me supiese al hierro de su sangre.

«Llévame contigo, átame a la pata de tu cama y aliméntame de ti. Déjame recoger los pelos que dejas en la ducha, tus platos sucios y las flemas que expulsas cada mañana. Si no vas a quererme más, préstame a tu madre. Me vale cualquiera que sea carne de tu carne.»

* * *

Mi padre es la persona más sinvergüenza que he conocido jamás. Me aterra pensar que haya heredado el más mínimo rasgo de su personalidad. Mi madre era bastante guapa e inteligente. De verdad que no entiendo por qué escogió a este mamarracho como marido. Otro estereotipo que me he cansado de leer es el de las malas madres que pueden ser ausentes, sobreprotectoras o histéricas. En infinidad de libros se justifican los desajustes anímicos del protagonista con una madre cucú o irresponsable. La realidad que percibo a mi alrededor es otra muy distinta. Cuento con los dedos de una mano las personas que conozco que no han tenido problemas con su padre. Ya sea porque desaparecieron o porque se la sudó. De hecho, me meo cuando se pide que se impliquen más. Lo mismo lo hacen y, en vez de un trauma, acabamos con cinco.

Tengo un sinfín de anécdotas de situaciones por las que me hizo pasar mi padre cada vez que mi madre estaba fuera por trabajo. Me iba a buscar al colegio y, en vez de llevarme a casa, me metía en algún bar con compañeros o conocidos suyos que, sinceramente, no tengo ni idea de dónde habían salido. Ya me hubiera gustado correr la misma suerte que mi hermano y que me dejara ir sola a casa y pasarme la tarde en mi cuarto leyendo o jugando a la consola. Pero no, tenía que acompañarle y hacer de oyente de las sobradas y mentiras que les contaba a los borrachos del bar.

—Ella es Nati, mi hija. ¿Verdad que es guapa?

—Joder, Javier, la verdad es que sí. Es una chica guapísima. ¿Estás seguro de que es tuya?

Fue decir eso y los cinco colegas se empezaron a reír como chimpancés histéricos. Los chistes que entre líneas consistían en llamarnos putas eran su manera de despiojarse en señal de amistad y fraternidad.

—¿Gracias? —contesté con cara de estar oliendo a mierda.

—Lo único que no entiendo es esta manía de tatuarse y agujerearse.

—No empieces, papá.

—Es que tengo razón —dirigiéndose a uno de los monos—. Mira lo que se ha hecho en la nariz. Es increíble que paguen por hacerse un agujero.

—Bueno, Javier, no digas eso, que tú también has pagado por hacerte algún que otro agujero.

Y ahí estaban de nuevo los chimpancés. Bramando con la boca abierta, golpeándose el pecho, creyéndose ingeniosos e incorrectos. Pobres acabados, creen que tienen el mundo a sus pies y el mundo lo único que hace es cambiarse de acera cuando se cruza con ellos.

—¡Anda, Mari, ponnos otra ronda!